

EPOCA SEGUNDA

LIBRO SEGUNDO

EL ORIENTE

CAPÍTULO I

Consideraciones generales sobre el mundo oriental

Del fecundo seno de esa region de tantos prodigios, de ese suelo de tantos misterios, procede sin duda el rico patrimonio de la sabiduría. El genio del hombre mira á esa region del Oriente como cuna de sus glorias; la religion, como santuario de la Historia; la ciencia, como centro de venerandas conquistas; la filología, la cosmología, la numismática y la geografía, como eterno tema de sus investigaciones, siempre inquiridas y siempre nuevas. Ante el Oriente, cede la altivez del despotismo político y déjase sentir, el calor de las nuevas y benéficas doctrinas predicadas en lo alto de sus montañas por palabra divina, siéntese cierto místico é ideal cariño al suelo que fecunda las palmeras, y aparece hermosa hasta la aridez del vasto, inmenso y solitario desierto, donde no se oye sino el lento paso del cargado camello y el eco de la voz del atrevido caminante, que se pierde en el espacio al entonar su religiosa plegaria.

La vieja historia de Oriente es hoy narrada á las nuevas generaciones de Europa por hábiles cantores, que seducen y atraen á la ju-

ventud como las voluptuosas poetisas griegas á los varoniles jóvenes. Renan, truncando los textos, desnaturalizando las raíces y alterando la crítica; Víctor Hugo, fantaseando en el seno de una imaginacion pueril cuadros inverosímiles; Laurent, sirviéndose de la Historia para robar sus glorias á Víctor Hugo; y repitiéndose en Italia, en Francia, en Alemania y en América el eco de tanto nuevo como peregrino cantor del Oriente, no se acierta ya, en verdad, por la reflexiva juventud, á señalar los límites de la realidad y los contornos de la fantasía.

Mientras las ciencias filosófico-históricas y las ciencias naturales conspiran contra el Génesis, todos estos nuevos poetas y cantores del Oriente vuelven sus ojos con avidez á la India, á la China, á Persia, á Fenicia y al Egipto, pesarosos de tener que comentar al paso uno solo de los hechos que no alcanza á explicar la razon humana, pero que no puede borrar la mano del racionalismo; los hechos de ese pueblo que es el tipo de las grandezas de la tierra, en cuya frente va escrita la ley de Dios, y cuyas



palabras irradian esplendorosa luz para explicar el misterio de la Historia; pueblo sin ejemplo sobre la haz de la tierra en donde la libertad ha tenido su único altar, el derecho su único santuario, su única representación la monarquía.

¡Israel! ¡Israel! ¡quién pudiera retratar tus glorias y tus grandezas con tan gráfica palabra y fiel espíritu de fervorosa relación, que sólo por ella dedujese el humano entendimiento ser tú el pueblo de Dios! ¡Ah, y quién de tu caída, del rumor de tus tristes cantos en las orillas del Eufrates, sin eco de cítara ni tañido de instrumentos, colgados en los solitarios sauces, y de tu deicidio y de tu profecía, peregrina aún por la redondez de la tierra, pudiera sacar tan grandes enseñanzas, como grandes son los errores de la historia humana!

Lejos de esto, no parece sino que el ánimo, atento al mal, de la grey más pura de esta fecunda y desgraciada Europa, vuelve sus ojos con afán, mayor cada día, á Palmira, á Memphis, al Indo, y menciona con indiferencia los recuerdos de las orillas del Jordán, de los Santos Lugares, y las huellas de la civilización desde el Calvario hasta el Tiber; como desdén ó niega las huellas de los apóstoles de la verdad revelada, desde el Ararat á Bethlehem.

Todo el fundamento que los pensadores y críticos racionalistas aducen en pro de sus teorías orientales, fúndase en una negación, en la negación del Génesis como libro inspirado, no sin que antes hayan leído, estudiado y consultado el Génesis, sin cuya luz el Oriente es un misterio, y luego de formado el concepto de la primera historia de la vida según el mismo Génesis, se le niega, se le acusa, se le critica y se tacha de errónea su relación. No otra cosa, lo confesamos ingenuamente, hemos hallado en las páginas de uno de los más renombrados expositores del Oriente, *Laurent*.

Años há que las enseñanzas del profesor de Gand vienen sirviendo de programa en todas las escuelas libre-pensadoras del mundo moderno; siendo inspiración de maestros y aspiración de los jóvenes más adelantados.

En nuestros días, por lo que á España se refiere, no ménos que los errores de la escuela panteísta armónica, que priva en determinados

centros, ha influido en la enseñanza la obra á que aludimos (1).

La superficial instrucción ha podido recibir en el siglo XIX por libros de historia, los sueños del filosofismo; estamos, no obstante, seguros de que la España del siglo XVI los hubiera colocado entre los romances.

En el plan de los modernos historiadores nótese el propósito de pasar en silencio la narración mosaica, prestando más bien tributo á las tradiciones de los pueblos separados del Ararat, como para negar en este meditado plan, si no de un modo directo, á lo ménos embozado é hipócrita, el relato fiel de los orígenes de la vida, debido al inspirado historiador.

Sin negar por nuestra parte los grandes desenvolvimientos de los modernos investigadores, los irrecusables legados que la crítica histórica, los viajes, las peligrosas excursiones, el meditado estudio sobre el desenvolvimiento del comercio, usos y costumbres orientales, al par que sobre las teogonías y lenguas se han llevado á término feliz en la época presente, con admiración de los más versados en todo linaje de científicas investigaciones, no hemos podido abandonar el estudio de los primeros hechos de la historia de la humanidad, tal como los narra el sencillo y profundo historiador Moisés. Es bien cierto, que si hubieramos prescindido de la enseñanza histórica bíblica, ni la crítica, ni la filología, ni las tradiciones, ni la geología, hubieran sido parte á poner en nuestras manos testimonios de verdad que comprobasen los orígenes del mundo. A la hermosa luz de la inspirada palabra de Moisés, el inmenso horizonte del mundo antiguo luce como astro de esperanzas, como guía en la oscura noche de las primitivas generaciones; sin esa narración, no cabe, no ya dar testimonio histórico de los hechos acaecidos, más ni siquiera combinar las opiniones de los pensadores antiguos y modernos sobre el dogma de la creación, punto de partida de la ciencia y de la historia.

Fuera en verdad cuestionable para el libre

(1) *Etudes sur la histoire de l'humanité*, por J. Laurent.



pensador si pertenece ó no al dominio de la historia lo acaecido en la edad patriarcal que llevamos recorrida, si la revelación y lo sobrenatural fuesen los únicos testimonios de los hechos narrados; mas cuando la crítica y las tradiciones orientales relacionan y confirman aquellas con estas, y vemos al Egipto, á la India, á la Fenicia, á la Persia dar solución á innumerables hechos de la primera edad patriarcal, fuerza es confesar, que no sólo tienen el apoyo de la ciencia católica, sino el de las más indisputables de la filología y de la crítica en general.

Al consignar las últimas palabras de Moisés, al apartarnos por ahora del camino hábilmente trazado por el inspirado genio, podemos afirmar que empieza la noche de la historia. ¿Qué caminos ha seguido la civilización? ¿Cuál es el verdadero concepto de esta, en la época en que nos ocupamos? ¿Qué pueblos han sido los progenitores de esos otros nuevos que aparecen poblando unas veces las elevadas montañas del Asia y otras las fértiles campiñas de sus memorables ríos? ¿Qué lengua, qué ideas, qué costumbres, qué dioses, qué tradiciones, han sido como á manera de legado en la vida de los pueblos del Oriente? Tema es que sin la relación mosaica se presta á tantas dudas, vacilaciones y conjeturas, oscuras las unas é infundadas las otras, que es difícil, si no imposible, conciliar las apreciaciones de los diversos historiadores, así antiguos como modernos.

El Oriente entraña para el pensamiento racionalista (1) una idea fundamental, que todo lo domina; es la absorción del derecho por la fuerza; la eterna hostilidad entre los diversos pueblos, la teocracia, el fanatismo, la esclavitud y las castas. De estos hechos deducen los citados autores, que el mundo oriental caminó sin conciencia de sus destinos bajo la providencia de Dios á la realización de su fin, siéndole desconocida la idea del verdadero progreso en la vida, aun cuando el germen de esta gran idea se descubre, dice un pensador racionalista, en las inspiraciones religiosas del Oriente.

Este concepto general, que acerca del Orien-

(1) Laurent y otros modernos expositores.

te constituye hoy una especie de sello dogmático en las esferas de la ciencia racionalista, es un hecho real de toda sociedad, así antigua como moderna, alejada del verdadero concepto de la idea del progreso y separada del camino de toda verdad que fecunda el seno de la vida moral.

Partiendo de un origen desconocido, admitiendo la religión como una de las manifestaciones del espíritu humano, que lentamente se va perfeccionando al través de los siglos y las tradiciones más absurdas y groseras del Egipto, de la India, de la China, de la Persia y de Fenicia, como serie de teogonías y dogmas que se suceden lógicamente y necesariamente en el camino de la vida de la humanidad, hasta llegar á la manifestación del cristianismo y á la vida del Occidente, fuerza es confesar que la tiranía oriental, el fanatismo, las castas, la teocracia y la fuerza, serán los elementos de toda institución humana; la pasión y la materia se sobrepondrán á toda idea espiritual, á toda relación sobrenatural, y el mundo no tendrá otra explicación que el del hecho de lo acaecido en el tiempo y en el espacio.

Mas si paramos un punto la atención en las doctrinas de Budha y de Zoroastro, en las tradiciones de la India, en la edad de oro de los poetas de Grecia y Roma, en las teogonías todas del mundo antiguo, notaremos que esa *manifestación del espíritu*, LA RELIGION, de que nos habla la escuela racionalista, no es en el Oriente otra cosa, que lo que fué para la vida patriarcal, lo que es para el mundo moderno, lo que fué para San Agustín, para los Padres todos de la Iglesia, lo que es hoy para la ciencia católica; que los principios de Budha y Zoroastro no vinieron á modificar un punto de la enseñanza mosaica, ni ménos á dar unidad, ni á templar ni dulcificar ni preparar la religión de Cristo.

La verdadera ciencia es la palabra de Dios, palabra que no ha faltado nunca al linaje humano. Ella comunica al hombre sus destinos en el primer momento de la creación; ella le presenta al Cristo, su Redentor después de la caída, y ella, en fin, la que comunica al hombre toda enseñanza para realizar sus destinos en la vida



del tiempo conforme á leyes de eterna sabiduría.

El dogma de la revelacion no vicia las inspiraciones de la ciencia, antes las ilumina; el Oriente sin revelacion, es un misterio; el Oriente estudiado bajo las enseñanzas de los Santos Padres, es la fecunda y hermosa cuna del linaje humano, es el templo de la sabiduría, es el camino de la civilizacion y de la libertad santas.

El Oriente del racionalismo, sin revelacion, sin lengua, sin creacion, sin nada sobrenatural, sin Dios, en fin, es un sepulcro de vida, es el seno malhadado del despotismo, es la patria de la tiranía, es el vasto cementerio del mundo, cuyo suelo no ofrece sino párias é ilotas, malditos hasta en la sombra de sus encorvados cuerpos.

Cuando del fondo de las doctrinas orientales de Ahriman y Ormuz, de Budha y Zoroastro, de la metempsicosis y del mundo-dios, del panteísmo más absurdo y grosero, se pretende deducir hoy el primer elevado pensamiento de todo progreso humano, la primera ley de vida civilizada, el primer código, la primera nocion de la ciencia, la primera filosofía y hasta la teología más completa, la ciencia histórico-católica tiene el irrecusable derecho de interrogar á la historia del racionalismo acerca del fundamento de tan peregrinas aseveraciones.

¿Qué Dios, qué moral, qué culto, qué leyes son el fundamento de toda civilizacion social? ¿El concepto de todos estos grandes principios irá desarrollándose y procediendo de lo imperfecto á lo perfecto como creacion humana? ¿Irá la humanidad á inspirarse á la civilizacion de la India, al dios del bien y del mal, á la teocracia, al despotismo, ó volviendo sus ojos á un Dios eterno, justo, sábio y creador, padre del linaje humano, maestro y luz de toda verdad, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, hallará paz en su seno y conciencia de sus destinos terrenales?

¿Qué civilizacion ni qué religion son esas que alumbran la carrera del Oriente, por donde se dirigen millares de generaciones caminando inconscientemente á sus destinos? ¿Es posible la historia, es concebible ese Oriente, habitado por pueblos y naciones que ignoran por

qué viven, adónde van, por qué adoran y por qué aborrecen? ¿Y del fondo de ese mundo se pretende hoy hacer germinar la luz civilizada de todo lo grande, de todo lo santo y de todo lo bueno?

Resérvese en buen hora la ciencia racionalista los timbres y glorias de esa carrera de la civilizacion oriental, y engalane su historia con la sangre y bárbaros trofeos del despotismo; la ciencia católica reserva para sí la revelacion, la lengua, la familia, la propiedad, Dios, la nocion elevada del Creador, la palabra, las leyes fundamentales de la familia y de la sociedad; ¿qué más ambiciona el hombre?

Al meditar en el origen de las sociedades, al penetrar en los primeros misterios de la vida, se nos ofrece tan hermoso, tan claro, tan radiante el relato del Génesis, que si la revelacion no le hubiese transmitido á la filosofía racionalista, como lo ha transmitido á todo el linaje humano, el racionalismo seria el primero en afirmar que era el relato más fiel y más conforme á la razon. ¡Le ha comunicado Dios, y es absurdo para el hombre! ¡Desgraciada razon y pobre filosofía!

No es ménos absurda la afirmacion del racionalismo sobre el Oriente, al consignar que vivió al acaso y que realizó inconscientemente su destino. La Providencia no abandona un solo instante su obra, y así el mundo oriental como el occidental, el mundo histórico como el mundo del porvenir, han estado y estarán bajo la benéfica mirada de una providencia infinitamente sábia y justa, que dirige y ordena el mundo moral, bajo la maravillosa armonía de la presciencia y de la libertad.

El fatalismo que en esta aseveracion proclama el racionalismo, no puede ni debe confundirse con el gran pensamiento de Bossuet sobre el significado del mundo antiguo. Reinado de preparacion llama Bossuet al mundo anterior á Jesucristo, pero no de preparacion inconsciente, sino racional y libre para la criatura. El imperio de la fuerza y de la barbárie, los grandes vicios del Oriente, la noche perpétua en algunos pueblos de esa hermosa region, tienen una racional explicacion, confirmada al propio tiempo por el hecho de la historia.



La soberbia humana, á raíz del gran castigo con que Dios borró de sobre la haz de la tierra todo linaje de maldad, intenta escalar el cielo y dominar en el suelo con absoluto poderio. Las nociones reveladas, las verdades comunicadas al hombre, las leyes del bien, las costumbres puras, todo es dado al olvido por la inconstante criatura humana, y el error y el mal y la impotencia vienen pronto á ocupar el lugar de las antiguas creencias. Obligado por la confusion de lenguas á dispersarse el género humano, y llevando ya en su corazon alteradas las grandes verdades, bien presto confundidos nuevamente los hijos de Dios con los hijos de los hombres, se adulteran y corrompen las enseñanzas y tradiciones. Comparadas las antiguas teogonías en tre sí, hállase un fondo comun de creencias en un Dios creador, y de consonancia entre sus doctrinas con las reveladas; los problemas más fundamentales de las ciencias convergen á un solo punto, á la revelacion; todo el saber humano, en fin, tiende á un foco, al foco de eterna luz, centro de toda sabiduría. La ignorancia y la soberbia adulteran las tradiciones, y separado el hombre de Dios más y más á medida que avanza en la carrera de la vida, el soberbio genio del Oriente nos ofrece el espectáculo de la sociedad gobernada por el hombre, que en su loca vanidad acaba por proclamarse uno con Dios. Desde este instante no hay vicio ni corrupcion que no se explique, no hay esclavitud inconcebible, no hay ídolos ni dioses que no tengan lógicamente un altar en cada pueblo, no hay, en fin, extraviado concepto de la vida social que no tenga razon de ser.

Los grandes imperios, su cultura material, sus artes, su comercio, su navegacion, sus refinadas costumbres, el lujo, la molicie, el despotismo, todo lo que hoy puede suspender al ánimo atento y pensador, no se oponen, antes bien confirman, los caracteres distintivos de la humana naturaleza racional, que ha sabido y sabe armonizar las más espantosas negaciones del orden moral, con los más maravillosos portentos de la vida material.

Pero así el Oriente como el Occidente, como todo imperio, como toda sociedad y como todo

individuo, realiza su mision libremente y hácese acreedor á su final destino en la vida del tiempo y en la vida de la eternidad.

La palabra de Dios déjase oír en el Oriente, como en los ámbitos todos de sobre la tierra, invocando á los imperios, á los reyes y á los súbditos el cumplimiento de la ley; y el Oriente, rebelde como hijo de perdicion, adulteró aquella palabra y se sentó bajo las sombras del árbol de la soberbia.

Sonó aquella palabra divina de la revelacion, y su eco pasó como viento que el hijo del hombre oye con indiferente atencion; un pueblo grande y escogido llevaba sus triunfos y virtudes por en medio del camino de los hombres, y estos le aherrojaron y expulsaron de sus imperios, como hoy expulsan de su seno las modernas naciones á los apóstoles de la infalible doctrina de verdad; pudo, en fin, el Oriente asociar su libertad y su razon á las creencias de Israel, y permaneció sordo á todo llamamiento.

No se diga que la guerra y las constantes hostilidades tuvieron separados á los pueblos antiguos; la guerra misma, la accion de los conquistadores, ese poderoso elemento que preparó convenientemente al mundo para la propagacion del cristianismo, pudo servir de vehículo á la palabra de Dios; pero la soberbia se negó á recibir en el Oriente de los pastores guerreros las tradiciones primitivas, y ni los asirios, ni los persas, ni los griegos, ni los romanos, prestaronse á ser fieles servidores de la propagacion de la verdad revelada, sino emisarios del terror y del despotismo, como hijos de los hombres caminando por entre las tinieblas del error.

Cuando ante el exámen histórico de las relaciones de los pueblos é imperios orientales, cree hallar el racionalismo en ese fondo infundado de falsas doctrinas morales la preparacion doctrinal del Cristianismo, no se sabe qué admirar más, si lo utópico de la afirmacion ó la ignorancia de la sustancial distincion entre todo lo humano de Asiria, Persia, la China, la India, Grecia, Roma y Fenicia, comparado con el Cristianismo. Al afirmar que los filósofos prepararon al Oriente y al mundo pagano al Cris-